

Comunidad DE LUCHA

NUESTRO PROGRAMA ES MUY ANTIGUO: VIVIR SIN TIEMPOS MUERTOS

www.comunidaddelucha.noblogs.org / contacto: cdl@riseup.net

Viña del Mall: Un Festival para atontar y acortar el verano



Mientras en otros países los carnavales y fiestas populares forman parte de un legado de tradiciones pre-capitalistas que se niegan a morir, en donde se expresan de manera confusa pero auténtica tanto los restos de una comunidad humana no alienada como los diversos intentos por capturar dichas energías y volverlas funcionales a los intereses de la dominación capitalista-estatal, en Chile no tenemos nada de eso, pero tenemos el Festival de Viña [además de otros que se le han ido agregando: el del Huaso de Olmué, Lollapalooza, etc.].

Iniciado en 1960, con un carácter más bien provinciano y modesto, el Festival de Viña con el tiempo se fue convirtiendo en uno de los eventos favoritos de la industria del atontamiento de masas, y reflejó sobre todo a inicios de los 70 las tensiones políticas del momento. Del enfrentamiento de Quilapayún versus Los Huasos Quincheros a las pifias a la cantante africana Miriam Makeba por decir "viva la revolución chilena", a la prohibición de la competencia folklórica en 1974, el evento fue pronto remodelado en función a las necesidades de la Dictadura militar que cada mes de febrero se proyectaba al mundo por razones de entretenimiento, tratando así de escapar a la fama genocida que se había ganado en todo el globo, y uniéndose aunque fuera por unos días a explotados y explotadores en la contemplación de estrellas nacionales e internacionales.

Dentro de todo este circo, la participación popular fue reducida a la mítica figura del "monstruo", que mediante su imprevisible acción podía consagrar o sepultar a quienes se presentaban en la concha acústica¹. En el público se codeaban durante los 70 y 80 agentes de los escuadrones de la muerte del gobierno como Alvaro Corbalán besuqueando en público a las hijas del dictador, personajes como Jaime Guzmán alabando la genialidad del actual diputado del Frente Amplio

"Florcita Motuda", alcaldesas fascistas y un sinnúmero de otras basuras. Por supuesto que al finalizar la etapa dictatorial de la ininterrumpida dominación capitalista-estatal el festival siguió existiendo, aunque cada vez con menos espectacularidad, y el negocio fue alternando entre diversos canales de televisión y cadenas internacionales.

Hasta el día de hoy los habitantes de este territorio debemos soportar año tras año que la TV, radio y prensa en general dediquen gran parte de su cobertura a este mega-evento, en medio del calor, los incendios forestales, el retorno de veraneantes y la compra de útiles escolares para el reinicio formal del ciclo vital de COME/TRABAJA/DUERME, renovado cada mes de marzo para satisfacción de los amantes de la normalidad y el orden social.

Sólo con la revolución social comunista-anárquica volveremos a experimentar las grandes festividades que la humanidad ha conocido desde tiempos inmemoriales y que han permitido celebrar la existencia en actos de la verdadera comunidad humana, aboliendo el tiempo muerto de las sociedades de clase².

1 Resulta digno de destacar que este simulacro de participación popular se ha dado con una frecuencia anual por medio siglo, es decir, mucho más que el simulacro llamado "elecciones", que estuvo suspendido por 17 años y luego se ha practicado más o menos cada 4 años.

2 Para un repaso de las grandes festividades que celebraba la humanidad antes de la imposición de la separación generalizada, y del cómo con ellas se buscaba interrumpir el desgaste del tiempo para, a través del exceso, revitalizar todo el conjunto de la cosmovisión y lazos comunitarios dentro de los que vivían, recomendamos la "teoría de la fiesta" que alcanzó a esbozar R. Caillois en "El hombre y lo sagrado", de 1939, en especial *El exceso, remedio del desgaste*. Además, a pesar de todo, en nuestras existencias actuales todavía encontramos resabios de la fiesta en distintos recodos del camino.

"Ley Sophia": ¿Proteger la niñez? No, endurecer la represión

A los defensores del orden les cuesta disimular su desprecio por la vida. Es lógico, puesto que esperan que esta sea lo más funcional posible al mantenimiento y perfeccionamiento de las relaciones de dominación, a la explotación en la forma de trabajo asalariado

Somos rebajadxs a la categoría de mercancías intercambiables, idealmente baratas. "Que los estudiantes se dediquen a estudiar", "que los trabajadores se dediquen a trabajar", rezongan con prontitud cuando, tímida o enérgicamente, sectores del proletariado, hartos de la miseria que les ahoga, expresan su descontento y rompen con la monotonía de la supervivencia capitalista.

Estas últimas semanas, utilizando desvergonzadamente como excusa los horribles casos de violencia física y sexual hacia niños y –principalmente– niñas, personajes y fracciones del mundillo conservador vociferan a coro por la vuelta de la pena de muerte. No son más que hipócritas, pues históricamente han alentado y festejado efusivamente la multitud de horrores que se han cometido contra quienes consideran sus enemigos (justifican y se ríen de las torturas, desapariciones y asesinatos que sus esbirros cometieron y continúan cometiendo en nombre de la familia, la patria, el orden y la propiedad). Son criminales, pues tras la manipulación morbosa de los casos señalados, intentan profundizar los mecanismos represivos de los que son adictos. Enemigos, claro está, pues es contra nosotrxs que quieren utilizar todas las herramientas posibles para mantenernos silenciadxs, acorraladxs, mutiladxs.

Desde otros sectores de la gama en que se presenta el partido del orden, aquellos que se dicen progresistas (y con razón, pues están real-

mente interesados en el progreso de la sociedad capitalista), responden, un poco espantados, que tales alegatos serían retrógrados, justificándose en argumentos centrados en aspectos jurídicos, tomando como molde sociedades avanzadas y desarrolladas, "primermundistas". Dicen que deberían atenderse los problemas de fondo. ¿Cuáles? Según ellos, la injusta distribución de la riqueza, la falta de educación, el mejoramiento del sistema carcelario, etc. En definitiva, los lamentos típicos del progresismo y el reformismo, cuyas esperanzas recaen en la regulación de la miseria capitalista.

Pero que toda esta camarilla de políticos y aspirantes a serlo salga a opinar sobre el tema, encuentra su razón de ser en la repercusión de estos hechos en la "masa" misma. Se mueven en ella (de la que formamos parte) tendencias contradictorias. Acostumbradas a no poder decidir nada realmente importante acerca de sus vidas, encolerizadas con razón ante crímenes horrendos, y ante la supuesta incapacidad del Estado de dar respuesta a ellos, sólo les queda el fervor punitivo, las ansias de un castigo ejemplificador. La bronca natural es canalizada hacia el perfeccionamiento de la represión estatal y el desmembramiento de lo que quede de lazos comunitarios.

Pero los filofascistas que denuncian la pedofilia, a menudo emparentándola con otras formas de vivir la sexualidad que escapan de los modelos tradicionales –principal-

mente la homosexualidad–, que piden la pena de muerte y tortura hacia los violadores, son los mismos que reducen a la mujer a objeto de valoración y uso. Estos que dicen querer defender a "nuestros niños", al mismo tiempo que hacen de la familia su bastión, aquella institución que es donde se producen la mayoría de los casos de abuso y violencia, no se escandalizan por la vida horrible a las que los someten, bombardeadxs de publicidad angustiante y alimentadxs con porquería industrial. La defensa ominosa del orden social capitalista precisa de vez en cuando del señalamiento fingidamente horrorizado de algunos de sus excesos.

Y en efecto, así se les clasifica. Quienes violan mujeres y niños son sujetos enfermos, "sin cura", condenables como monstruos. Lo realmente monstruoso y enfermo es nuestra existencia misma cuya finalidad es la de ser parte del ciclo de valorización del capital, que no puede dejar de crecer a costa de dejar de ser tal. En este ciclo alienante, donde el abuso está en el centro de todas las relaciones sociales, la niñez es blanco "natural" para aquellxs que no encuentran con quien descargar su frustración. Esto en ningún caso justifica las agresiones puntuales, que como tales deben ser respondidas, pero permite atacar la raíz de la violencia contra lxs niños.

En este mundo invertido en el que nos toca sobrevivir, se reprime abiertamente el desarrollo libre de la sexualidad infantil, llenándola de tabúes y prejuicios, al mismo tiempo que se disfruta disfrazando niños de pequeños adultos, limitándolos a los estrechos modelos existentes, incluyendo por supuesto aquellos referidos al comportamiento sexual. Así, les parece gracioso ver una niña imitando bailes "sexys" de alguna artista, pero les asusta que tomen conciencia de sus cuerpos.

Para enfrentar la crueldad con la que a diario deben enfrentarse niñas y niños, es imprescindible generar una comunidad humana que base su existencia en la solidaridad, en la que la niñez no sea concebida meramente como un proceso de adiestramiento para la vida adulta, para el trabajo asalariado. Los casos de violencia sexual contra niños deben ser evidentemente combatidos, pero atacando a la vez a quienes pretenden la manipulación de esta realidad horrible a fin de endurecer los mecanismos represivos del Estado, que son los que, entre otros, generan las condiciones necesarias para su existencia y mantenimiento.



Ni turismo ni bronceado: algunas reflexiones sobre lo que ocultan las anheladas vacaciones

Las vacaciones son el momento más esperado del año por muchxs de lxs que trabajamos para sobrevivir en esta sociedad. Es el tiempo en el que nos desprendemos de la carga laboral y su estresante competitividad para ocuparnos de nuestros intereses y por fin sentirnos libres de hacer lo que nos plazca.

Así es, las vacaciones son añoradas pero siempre en contraste a la cada vez más gris, monótona y rutinaria vida que llevamos durante el resto del año. ¿Se podría decir que nuestro tiempo de descanso laboral es realmente tiempo de libertad o simplemente nos estamos reponiendo para volver a emprender un nuevo ciclo anual de esclavitud asalariada? ¿A quién benefician realmente las vacaciones?

Lo primero que hay que esclarecer es que las vacaciones no pueden diferenciarse del tiempo de trabajo.

En 1987 el Ministerio de Salud japonés reconoció legalmente un fenómeno llamado *Karoshi* o "Muerte por exceso de trabajo", el cual está

asociado a un aumento de la tasa de mortalidad por complicaciones debidas al exceso de horas de trabajo; he aquí que la carga laboral pasaba de manera tan brutal la cuenta a lxs trabajadorxs japoneses que eran comúnmente víctimas de derrames cerebrales o ataques cardíacos. Fue por eso que en el país oriental se implementó un régimen de vacaciones de 10 días anuales, **pues para el Estado la vida de lxs trabajadorxs únicamente adquiere significado en función de su potencial productividad laboral y de consumo.**

En Chile hace unas semanas se aprobó la ley para aumentar las vacaciones a 20 días a costa de quitar algunos feriados del resto del año. Todo muy bien estudiado y calculado para ganar en productividad laboral

durante el año y en consumo durante las vacaciones.

Es por esta razón que afirmamos que el llamado "tiempo libre" no existe, pues es solo una proyección del trabajo asalariado. El tiempo que vivimos está regido –como nunca antes– por la lógica del mercado: productividad y consumo. **La vida gira en torno a trabajar o a saciar el hastío que genera el trabajo. Para ello, la sociedad capitalista ha edificado una enorme industria del entretenimiento que hace del hastío cotidiano otra forma de generar valor, encontrando así en la incesante necesidad de descanso y distracción otro reducto de ganancia.**

Las vacaciones están integradas de tal manera al engranaje del capitalismo que permiten amainar la fatiga física producida por un año de trabajo, al mismo tiempo que fomentan el consumo frenético a partir de la industria del turismo.

Nadie puede ir a Chiloé y no sacarse una foto con los palafitos o ir a Rapa Nui y no tomarse una selfie en los moais. El turismo se encarga de resaltar los aspectos más mediáticos, estéticos o excéntricos de cada lugar (aspectos socioculturales, geográficos,

urbanismo, etc.), transformando cada sitio en mapas guiados para el consumo. Cada vez que visitamos un lugar nos conformamos con transitar por los lugares "típicos", procurando gastar nuestro dinero en las atracciones turísticas que nos ofrecen como espectadorxs. Ya sea "descansando" frente al televisor, yendo a un tour "pagado" en las Torres del Paine por ej., o saliendo de compras con lxs amigxs. El tiempo que ocupamos para divertirnos en vacaciones siempre es tiempo mediado por la compra de algún objeto o servicio que nos divierte (arrendar hospedaje, comer, pasear, recrearse, etc.) **Esta "conversión en cosa" de la naturaleza nos hace espectadorxs de un proceso cada vez más inevitable en un mundo donde todo es imagen y dinero. Lo superfluo y banal de nuestro tiempo "libre" es reflejo de una vida sin significado, puesta en venta al mejor postor que pague por nuestro tiempo.**

Si las vacaciones son tiempo –y como dice un viejo dicho, "El tiempo es dinero"– todo lo que hagamos en ellas nos vincula también al trabajo. Cada segundo cuenta, cada ida al baño es motivo de resquemor para

nuestros jefes, cada cruce de palabras con lxs compañerxs se vuelve un crimen contra la productividad. **Ahí donde se trabaja, nuestro tiempo de vida auténtico desaparece porque es tiempo de la economía; no nos pertenece.** La vida tiene lugar en otro sitio, o en ninguno, porque el ritmo del trabajo se adueña de todo. De esta forma: ¿podrían ser las vacaciones algo diferente?

No se trata de ser amargadxs y no querer recrearnos, por supuesto que nos encanta pasar tiempo con nuestros seres queridos y poder conocer el mundo. Nuestra crítica apunta contra la lógica capitalista del trabajo/consumo que sostiene una forma individualista de relacionarnos entre nosotrxs y con la naturaleza, donde el dinero se transforma en un Dios cuyo culto no deja de repetirse de manera incesante y dictatorial, al cual nos vemos obligadxs a venerar cada vez que marchamos o salimos del trabajo.

**Una vez que hayamos abolido el trabajo no tendrá sentido tener vacaciones.
Proletariadxs del mundo:
¡Dejad de serlo!**